

Natividad, el marqués y Raimundo se detuvieron mudos de horror. Entonces el mestizo habló al oído a Natividad, y éste se alejó aterrado.

—¡Huyamos, huyamos!—gritó aterrado a sus compañeros.

—Pero ¿qué pasa?—preguntó con flema Francisco Gaspar, abriendo el compás de sus largas piernas.

—Pasa... “¡que se lo van a comer”!...

—¡No es posible!—replicó Francisco Gaspar, sonándose para disimular su sonrisa. Pero el comisario no estaba en disposición de admirar tan pasmosa serenidad. Natividad huía realmente, porque no tenía ningún interés en ser testigo de una escena que aún se recordaba con horror en Lima. Pensaba en el trágico fin de los hermanos Gutiérrez, usurpadores de la presidencia.

Elevados al Poder por la plebe, fueron asesinados en la calle por esta misma plebe, colgados luego en la Catedral y, por último, “devorados por el populacho, que había encendido una hoguera en la plaza pública para asar a sus presidentes”. (1)

El marqués y Raimundo apenas podían seguir al comisario; Francisco Gaspar cerraba la marcha murmurando para sí:

—¡No me asustarán con su pelele!

(1) *Voyage au Pérou*, por Charles d'Ursel, secretario de legación, pág. 279.

LIBRO CUARTO

EL DICTADOR

EN Arequipa era día de fiesta. El vecindario de la ciudad y el de la campiña se agolpaba en la espaciosa plaza pública y en las calles de alrededor para presenciar la entrada triunfal del vencedor de Cuzco, el bizarro general García, a quien llamaban ya “el buen dictador”, el cual había prometido a sus partidarios que antes de quince días habría purgado al país del presidente Veintemilla, de las Cámaras y de todo el sistema parlamentario que, según él, había arruinado al Perú.

Los arequipeños estaban perfectamente preparados para oír este lenguaje. La política había dominado siempre en aquella ciudad; allí habían nacido todas las revoluciones. Terriblemente turbulentos, los vecinos de Arequipa pensaban que llevaban mucho tiempo sin ver un “salvador” a caballo. Por esta razón, ya que aquel día debía

presentarse ante ellos con su más lucida escolta, ellos se pusieron sus mejores vestidos. Las mujeres eran las que daban muestras de mayor presunción. Llevaban rosas en la cabeza y tenían además las manos llenas de flores, destinadas éstas al héroe. Los indios, después de vender sus gallinas en el mercado, se sumaron en gran cantidad a la corriente que arrastraba a todo aquel gentío hacia el camino seguido por el vencedor.

La plaza principal parecía haber restaurado, para aquella solemnidad, las ruinas de sus porches algo excesivamente zarandeados por el último temblor de tierra, o por lo menos las había ocultado con tapices vistosos, banderas, gallardetes y guirnaldas. Las vetustas torres, llenas de grietas, de las iglesias, las historiadas ventanas, las macizas puertas y las floridas galerías, estaban atestadas de gente. Por encima de la ciudad, el *Misti*, uno de los volcanes más altos del mundo, erguía una caperuzas completamente nueva, resplandeciente por la nevada de aquella noche. Y, de improviso, empezaron a repicar las campanas y los cañonazos rasgaron los aires. Luego hubo un gran silencio.

Después se oyó ruido de trompetas. Y mil aclamaciones se alzaron hasta el cielo. Era que comenzaba el desfile de las tropas... Al contrario de lo que pasa en Europa en donde la *impedimenta* de un ejército sigue a éste, en Arequipa abría la marcha. Y, jamás derrota alguna podrá dar idea de lo que era el desfile de las extrañas cuadrillas que precedían al ejército: indios tirando de bes-

tias cargadas de equipajes, de fusiles rotos, de utensilios de cocina y de vituallas; y a continuación, todo un regimiento de mujeres encorvadas bajo el peso de los morrales repletos de armas, de niños en mantillas o de provisiones.

A todos los aclamaban: hasta a los llamas portadores de gloriosos trofeos, hasta a las mujeres, las *rabonas*, como allí las llaman. Procedían de Bolivia, porque era Bolivia la que solapadamente prestara estos preciosos auxiliares a García. Las *rabonas* son una institución admirable que sacaría de apuros a más de una intendencia europea (1). El equipo del soldado en campaña comprende en América, no sólo el armamento militar, sino además una mujer que le acompaña a todas partes, que le procura las provisiones, que le prepara la comida, que lleva su equipaje y que atiende a su subsistencia.

Cuando hubieron pasado las últimas *rabonas*, les llegó la vez a las tropas, al frente de las cuales, como es natural, iba García. Montado en un soberbio caballo y vestido con un uniforme resplandeciente, brillaba como una estrella de primera magnitud en medio de la constelación de un lucido estado mayor. Muy alto, su cabeza y su largo plumero descollaban entre los generales y coroneles que a su lado cabalgaban. Su enorme penacho multicolor ondeaba orgullosamente al viento. Acompañábale un estrépito ensordecedor de bélicos clarines. Era apuesto, arrogante, ad-

(1) Véase el Conde de Ürsel.

mirable. Estaba contento. Se retorció el bigote negro y enseñaba los blancos dientes. Llevaba unas botas que relucían como espejos.

Cuando pasaba bajo los balcones, sonreía a las damas. Estas le llamaban por su nombre de pila: ¡Pedro! y le arrojaban flores que se arrancaban del pecho o le espolvoreaban por completo con hojas de rosa. Así dió, lentamente la vuelta a la plaza por dos veces. Luego se detuvo en el centro, entre dos cañones, con su estado mayor detrás y delante de dos indios que enarbolaban su pendón, compuesto de cuadraditos de tela de diferentes matices. Estos indios llevaban un sombrero todo cubierto de plumas de colores vistosos y sobre los hombros tenían una especie de sobrepelliz. A cada instante tremolaban su extraña bandera, en señal de la adhesión y de la sumisión de todas las tribus indias al nuevo gobierno.

Entretanto, formaban alrededor de la plaza quinientos infantes y doscientos jinetes. Algunas muchachas, ataviadas con flotantes túnicas y luciendo los colores de García, se adelantaron entonces hacia el general llevando en las manos las coronas que iban a ofrecer al vencedor.

Le endilgaron un breve cumplimiento que él escuchó sin dejar de retorcerse el bigote y enseñando los blancos dientes. También movía ligeramente la cabeza con un gesto de protección. Cuando terminaron, se inclinó galantemente, cogió las coronas y se las ensartó todas en el brazo, como hubiera hecho un panadero con sus ros-

cones. Y levantó aquel glorioso brazo para imponer silencio.

Todo calló, en la tierra y en los cielos.

Entonces gritó el dictador: "¡Viva la libertad!" lo que le valió una ovación enorme. Levantó nuevamente el brazo de las coronas. Escucharon. El general comenzó a exponer su programa: "¡Libertad para todo, excepto para el mal! ¿Con semejante programa, nos hace falta el parlamento?"—¡No! ¡No! ¡No!—rugió la multitud enloquecida.—¡Viva García!—Y, naturalmente, enviaron al diante a Veintemilla: "¡Muera! ¡Muera Veintemilla! ¡Muera! ¡Muera el ladrón de salitre!" (1), porque acusaban a Veintemilla de haber hecho algunos chanchullos en las últimas concesiones de fosfatos.

García era un orador. Quiso probarlo una vez más y contó en unas cuantas palabras históricas su admirable campaña y cómo acababa de combatir con las tropas de "los ladrones de salitre", en la llanura de Cuzco, ayudado por sus valientes soldados.

Para que todos le oyesen y le vieses, se alzó sobre los estribos; pero—acontecimiento increíble, indigno de la divinidad que hubiese debido procurar que nada turbase tan hermosa fiesta—en aquel momento comenzó a caer un espantoso chaparrón.

Hubo un amago de desbandada general.

Los que estaban bajo las galerías no se movie-

(1) En castellano en el original.

ron, pero los demás corrieron en busca de un abrigo. Hasta los mismos infantes se dispersaron. En cuanto a los jinetes, que eran una especie de húsares, echaron pie a tierra a toda prisa, despojaron a sus caballos de las sillas y se las pusieron en la cabeza, a manera de paraguas. Las mujeres, las "rabonas", se levantaron las sayas en forma de campana sobre sus rodetes. García estaba furioso al ver semejante tumulto en lo mejor de su triunfo.

El chaparrón no le había hecho retroceder un paso y amenazó con la pena de muerte inmediata al general y al coronel que hicieran ademán de abandonarle. Se dieron por advertidos y aguantaron la ducha. García ni siquiera se había dejado caer sobre su silla. Siempre erguido, siempre de pie sobre sus estribos, clavaba en el cielo una mirada terrible. Y le enseñó el puño, aquél del cual pendían las coronas. Entonces el jefe del Estado Mayor se acercó a él, hizo tres veces el saludo militar, y le dijo:

—¡Excelencia, no es el cielo el culpable! "¡El cielo jamás se hubiese atrevido!" El culpable es su excelencia, que ha atraído a las nubes con sus cañones. Los cañones de su excelencia son los que han revuelto el tiempo.

—¡Tiene usted razón!—exclamó García—. ¡Y puesto que los cañones han hecho el daño, yo les ordeno repararlo!

Inmediatamente, por orden suya se colocó la batería en la posición conveniente y comenzó el fuego bajo las nubes hasta que los elementos se

aplacaron, lo que no tardó en suceder. Entonces dijo con voz sonora:

—¡He vencido a los elementos!
Y dió orden de romper filas. (1).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

(1) El general Dara, en la Paz, se conducía de esta suerte como dictador frente a los elementos.

VENGO A BUSCAR AL AMO DEL PERÚ

EN un rincón de la inmensa plaza de Arequipa, en una de las ventanas del hotel del Jockey Club, que era una especie de parador para arrieros, el marqués de la Torre y Natividad asistían con impaciencia al triunfo del dictador. Hubieran dado cualquier cosa por que la ceremonia terminase cuanto antes, porque García era ya su única esperanza.

En Pisco habían adquirido la certidumbre de que la escolta de la "Esposa del Sol" se había embarcado en un remolcador que pertenecía al marqués y que servía de ordinario para llevar las barcazas cargadas de guano desde las islas Chinchas al Callao, lo que probaba una vez más que desde hacía mucho tiempo venían preparando el golpe, sin descuidar el menor detalle, y que se habían servido de los indios despedidos por María Teresa, que estaban enterados de todo lo concerniente al servicio de almacenes y de navegación.

El "paseíto" que los "ponchos rojos" habían dado por la sierra no había tenido otro objeto que

despistar, pero el viaje lo habían dispuesto por la costa para ir, después de trasladarse por mar de Pisco a Mollendo, a la ciudad de Arequipa, desde donde debían dirigirse a Cuzco.

Embarcados a su vez el marqués, Raimundo, Francisco Gaspar, siempre tranquilo, y Natividad que comenzaba a desesperar de todo, se hicieron llevar a fuerza de oro a Mollendo, tomaron después el ferrocarril y llegaron a Arequipa algunas horas después que los ponchos rojos.

Halláronse en una población en la que todo andaba manga por hombro y en la que nadie se tomaba el trabajo de responder a sus preguntas. Y como por una verdadera casualidad reconocieran desde lejos a Huáscar que se paseaba tranquilamente por aquella ciudad en commoción, le siguieron y descubrieron la casa en donde estaban presos María Teresa y su hermano.

Era una casita de adobes, que se alzaba al final de una calle, a la entrada de la "campiña", a orillas del río Chile. Diez ponchos rojos armados montaban la guardia alrededor de la casucha. El marqués y Raimundo ni siquiera pudieron acercarse. A unos cuantos metros de la casa vieron aparecer algunos guardias que les invitaron a retirarse.

¡De modo que los mismos soldados de García velaban por la "Esposa del Sol"!

Aquello era inconcebible.

—García no sabe, indudablemente, lo que pasa —dijo el marqués—; de lo contrario, hubiera arrebatado inmediatamente mi hija a esos salvajes. ¡Le conozco! Tiene sus defectos, pero es un

hombre civilizado. Me pidió la mano de mi hija... ¡Vamos a buscarle!

Pero Raimundo no quería separarse de la casa en donde estaba María Teresa. ¡Si le hubiesen escuchado no hubiesen esperado la intervención de García y se hubieran hecho matar como pajaritos!... Al fin Natividad consiguió hacérselo comprender. En estos tiempos de revueltas, eso pronto se hace. ¡Pin! ¡Pan!... dos, tres cadáveres más en el río Chile no le harían salirse de madre, y tampoco habían de salvar a María Teresa y a su hermanito... Raimundo prometió no hacer locuras y se deslizó en una embarcación, en la que permaneció inmóvil con los ojos fijos en la puerta por delante de la cual pasaban y repasaban, arma al brazo, los ponchos rojos y los soldados. El marqués y Natividad regresaron a la única posada en que habían podido encontrar un cuarto, y se hicieron servir algo de comer mientras esperaban impacientemente la llegada de García. Cuanto más reflexionaba, mayor era la confianza de Cristóbal. En el fondo estaba en muy buena armonía con García. Y además le prometería su apoyo y el de sus amigos. Sería su agente en Lima. En fin, un hombre civilizado no podía consentir que se realizase semejante crimen.

Natividad era, naturalmente, de esta opinión. La idea de ser presentado al vencedor de Cuzco no le desagradaba. Ciertamente, no pronunciaría palabras que pudiesen comprometerle, pero siempre es bueno conocer a los que pueden llegar a ser los amos.

En cuanto a Francisco Gaspar, se había perdido o, mejor dicho, le habían dejado en contemplación ante la altiva silueta del Misti, y no le habían vuelto a ver.

Seguramente estaría metido en algún rincón, tomando notas sobre la entrada triunfal del nuevo dictador.

García, en todo el esplendor de su gloria, desagradó profundamente al marqués, que amaba el boato, pero que no por ello dejaba de tener gustos delicados.

—No le hubiese creído tan farolón—dijo a Natividad—; en Lima era más sencillo, pero siempre pensé que tenía sangre de mestizo en las venas.

—El éxito le ha hecho perder la cabeza—observó Natividad.—No sabe colocarse en el justo medio.

—¡A pesar de todo, me devolverá mis hijos!—afirmó el marqués.

Cuando García salió de la plaza, echaron a andar detrás de su Estado Mayor, después de haber dicho dos palabras al fondista. A la entrada de la calle en donde se alzaba el palacio del dictador los detuvieron, pero el marqués mostró tanta altivez, tanta insolencia y tanta impaciencia, habló con tanto aplomo de su amigo García, que acabaron por dejarles pasar a él y a Natividad, a quien el marqués llevaba cogido de la mano.

En el Cuerpo de guardia el marqués entregó su tarjeta. El oficial volvió en seguida rogando a aquellos "caballeros" que le siguieran. No se lo hicieron repetir. En todas partes había soldados, pero muchos estaban fatigados, y el marqués y

Natividad tuvieron que saltar más de una vez por encima de los militares que dormían en los escalones de la escalera de honor, con el fusil entre las piernas.

Al fin el oficial empujó una puerta y se encontraron en la alcoba de su excelencia, que presidía en aquella estancia un Consejo de ministros nombrados el día anterior. Algunos de aquellos elevados funcionarios estaban sentados en la cama, otros en la mesa y hasta en un lío de ropa sucia. Así se discutían los asuntos más graves.

Fueron recibidos más que cortésmente. García, que estaba inclinado sobre una jofaina, y que, en mangas de camisa, se disponía a afeitarse, corrió inmediatamente al encuentro del marqués, haciendo caer en torno suyo una lluvia de burbujitas de jabón. Se disculpó:

—Dispéñeme, señor. ¡La sencillez antigua! ¡La sencillez antigua!... ¡Le recibo a usted en mi cuarto como a un amigo... porque supongo, querido marqués, que vendrá usted a verme como amigo, como amigo del nuevo Gobierno! Permítame que se lo presente.

Empezó por el ministro de la Guerra, que estaba a caballo en el almohadón de la cama, y acabó por el ministro de Correos y Telégrafos, un feísimo mestizo que mascaba hojas de coca sentado en el lío de la ropa sucia.

—Como usted ve, no nos andamos con etiquetas. Yo soy un hombre de la madera de Catón. ¡La antigüedad, no hay como ella para formar hombres! ¡Los buenos "padres" nos lo enseña-

ban, y yo he recibido una excelente educación!

Muy campechano, lanzó una carcajada, les rogó que se sentasen donde pudieran y continuó:

—¡Ya comprenderá usted que toda la faramalla, toda la etiqueta es para el público, para el pueblo! ¡Es necesario deslumbrar al pueblo! ¡Si no deslumbramos al pueblo, es hombre al agua, marqués!

Ceceaba un poco y revolvía a uno y otro lado unos ojos negros enormes. Parecía un coco para asustar a los niños. Pero su aspecto funambulesco no le impedía ser magnánimo como Héctor y astuto como un mono.

—¿Han presenciado ustedes la revista? ¡Qué soldados! ¿eh? ¡Qué ejército! ¡Y si le vieran ustedes al entrar en fuego! ¡Pin! ¡pan! tan alegres como si estuvieran disparando cohetes. ¡Y la lluvia! ¿Vieron ustedes cómo cesó la lluvia?... ¿Qué dicen de mí en Lima, marqués?

Aquella verbosidad era una táctica. Mientras hablaba estudiaba al marqués y examinaba también a Natividad, aunque no lo pareciese...

Trataba de adivinar sus pensamientos, preguntándose si no los habría enviado Veintemilla como embajadores, y calculaba ya su respuesta en el caso de que le prometiesen la amnistía o le hiciesen proposiciones de paz con la oferta remuneradora de algún importante Gobierno. Y decidió rechazarlo todo, dispuesto a arriesgar hasta su último "sol" (era muy rico) y su vida, por de contado.

El marqués pudo al fin hablar:

—¡He venido a buscar al amo del Perú!...

Al oír estas palabras, García, que aún no había acabado de lavarse, levantó la cabeza y miró al marqués por encima de la toalla con que se enjugaba el rostro, demasiado moreno efectivamente, para un hombre de "pura raza"... "El amo del Perú..." García sabía que el marqués de la Torre era amigo de Veintemilla... ¿Qué querían decir aquella visita y aquella frase?... Y se propuso estar sobre aviso. Natividad, por su parte, al oír al marqués, bajó la cabeza, más rojo que una cereza. "Estoy definitivamente comprometido", se decía, y lamentaba haber dado aquel paso.

El marqués repitió:

—He venido a buscar al amo del Perú para pedirle a él que todo lo puede, a él cuya divisa es: "¡libertad para todo, excepto para el mal!", que me devuelva mi hija y mi hijo que me han sido robados.

—¡Qué dice usted!—exclamó García—. ¡Qué dice usted! ¡Le han robado sus hijos; es un crimen abominable que será castigado con la muerte de los culpables! ¡Se lo juro a usted! ¡Pongo por testigo a mi antepasado, Pedro de la Vega, que dió su vida por la noble causa de la religión luchando contra los infieles el año de gracia de 1537, en que recibió diez y siete heridas en la batalla de Xatixa, combatiendo al lado de su pariente de usted, marqués, el ilustre Cristóbal de la Torre!

El marqués había afirmado siempre en el círculo de sus amistades que García no descendía de

aquel Pedro de la Vega, y García sabía cuál era, acerca de este punto, la opinión del marqués; pero éste no se cuidó de exponerla nuevamente en aquel momento.

—¡Precisamente esos infieles son los que me han robado mi hija!...

—¿A María Teresa? ¿Qué me dice usted? ¡Los infieles! ¿qué infieles?

—¡Excelencia! Ya conoce usted a mi hija María Teresa. Los indios quichúas se han apoderado de ella en mis almacenes del Callao...

—¡Miserables, bandidos!

—Al comenzar la fiesta del "Interaymi", para sacrificarla en su templo, como sacrificaban antiguamente a las "Virgenes del Sol"...

—¿Cómo... qué? ¿Qué dice usted?... ¿Sacrificar a la señorita?... ¿Quién le ha richo a usted eso?... ¡Es mentira; no es posible!...

—Pero, excelencia, estoy seguro de que me la han robado... Permítame usted que le presente al señor Natividad, inspector superior de policía en el Callao, un hombre que, lo mismo que yo, se consagrará por completo a usted y que lo ha presenciado todo. ¡Hable usted, Natividad!...

Anonadado por la presentación del marqués, Natividad confirmó lo dicho por su amigo con algunas palabras vagas y tímidas. Parecía haber perdido la cabeza. Se decía: "¡De esta hecha, si García ne se mete a Veintemilla en el bolsillo, no me queda otro recurso que marcharme a Bolivia!..."

—Pero bien: ¿por qué viene usted a decirme

eso? ¡Le han robado a su hija en el Callao! ¡Yo no soy responsable de ese rapto! ¡Veintemilla es "aún" el amo del Callao! ¡A Veintemilla es a quien debe usted quejarse! ¡Yo, desgraciadamente, no puedo hacer nada por usted!—suspiró hipócritamente García, que no tenía el menor deseo de mezclarse en semejante asunto, ya que su intervención podía acarrearle disgustos con los quichúas, sus partidarios y aliados.

—¡Excelencia; mi hija y mi hijito—porque Critobalito está también en su poder—se encuentran aquí, en esta ciudad, y la casa transformada en prisión de mis hijos está custodiada por soldados de usted!

—¡Es imposible, lo sabría yo; y si por un misterio que es necesario aclarar, fuese así, no necesito decirle a usted, marqués, que ha hecho bien en venir a buscarme!

—¡Ya conocía yo su generosidad, excelencia; ya sabía yo que no acudiría a usted en vano! ¡Mis hijos están salvados, nunca lo olvidaré, y puede usted contar conmigo y con todos mis amigos de Lima, excelencia! ¡Y el señor (señalando a Natividad) tiene también muchos amigos! ¡Toda la policía del Callao es partidaria de usted! ¡Espera impacientemente su llegada!... ¡Excelencia, dispéñeme!... No podemos perder un solo instante... ¡Acompáñeme hasta las puertas de la ciudad, hasta Río Chile, y mi fortuna y mi vida son suyas!

—¡Me es imposible moverme de aquí—repuso el dictador suspirando—; espero al cónsul de In-

glaterra, que me ha pedido una entrevista, pero pongo a las órdenes de usted a mi ministro de la Guerra, que le acompañará y le será tan útil como yo, querido marqués!

Dicho esto "silbó" a "su" ministro de la Guerra, que se levantó de bastante mala gana.

—Ve a ver lo que pasa a orillas del Río Chile —le dijo García—, y vuelve pronto a decirme lo que hayas visto. ¡En confianza, señores, les diré a ustedes que me parece que les han engañado, pero tengan la seguridad de que les ayudaré cuanto pueda en esta extraña aventura!

Y abrió él mismo la puerta para dar a entender que la audiencia había terminado.

El marqués, a falta de García, arrastró rápidamente tras sí al ministro de la Guerra, cuyas enormes espuelas despertaban, con su tintineo, los ecos de la escalera de honor. Natividad les seguía. García cerró la puerta.

—¿Qué nueva complicación será esta?—se preguntó en voz alta, visiblemente contrariado—. Apuesto a que Oviedo Runtu anda por medio. ¡Si es verdad que ha robado a la señorita de la Torre, no adelantarán mucho nuestros asuntos en Lima!

Abrióse la puerta y un oficial anunció al cónsul de Inglaterra. Este se presentó dirigiendo al vencedor mil cumplimientos. Era un rico comerciante de la localidad, que había provisto de víveres al ejército y que había conseguido que García le hiciese algunos pedidos, prometiéndole el apoyo de Inglaterra. García elogió una vez más sus tro-

pas y con este motivo el cónsul declaró que los soldados nada son sin un buen general. García se inclinó, pero el otro, deseando extremar su cumplimiento, tuvo la torpeza de añadir:

—Porque aquí para entre nosotros, excelencia, ya conocemos esas tropas quichúas, no valen nada, y si no hubiesen sido por usted...

—¿Que mis tropas no valen nada?—rugió García.—¡Sabe usted, señor cónsul, las marchas que han hecho por la sierra después de un combate terrible?... ¡Y cualquiera lo hubiese dicho esta mañana!... ¿Ha visto usted renquear a alguno de mis soldados?...

—¡No! ¡pero todos están durmiendo en la escalera!—replicó el cónsul.

—¡Mis soldados durmiendo en la escalera!...

DEVUÉLVAME USTED MIS HIJOS

El general abrió la puerta y corrió a asomarse a la escalera de honor. Allí vió tumbada toda su escolta que “roncaba como un solo hombre”. En el acto la despertó con una voz de trueno que despabiló a los pobres húsares. Creyeron que había llegado su última hora. García, pálido de rabia, llamó al oficial y le mandó reunir todos sus hombres en el rellano. La puerta de la alcoba había quedado abierta.

—¡Mis soldados no duermen nunca!—gritó García al cónsul de Inglaterra.—¡Mire usted a esos hombres, señor cónsul, y dígame si tienen ganas de dormir! Un poquito de gimnasia, muchachos, ¿eh?... ¡Vamos, uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡paso gimnástico! ¡Y “saltad todos por la ventana”!

Su brazo terrible les señalaba la ventana de la alcoba que estaba a unos cinco o seis metros de la calle empedrada de agudos guijos. Daba miedo verle. Los soldados no vacilaron. Todos saltaron; sólo quedó en la estancia el oficial.

—¡Bien, comandante, es preciso que vaya usted a reunirse con sus hombres!

Y como el comandante vacilase, le cogió por debajo de los brazos y le tiró a la calle. El cónsul de Inglaterra, los ministros y García, que se reía muy satisfecho, se asomaron a la ventana.

Abajo, los soldados que habían saltado sin hacerse mucho daño, recogían a tres de sus camaradas que se habían roto las piernas; en cuanto al comandante, se lo llevaban en aquel momento. Se había fracturado el cráneo. (1).

Apenas terminó este ejercicio cuando llegó el ministro de la Guerra, siempre seguido del marqués y de Natividad.

—¿Qué hay?—preguntó García cerrando la ventana.

—¡Se trata de los “ponchos rojos!”—respondió el ministro guiñando el ojo a su ilustre amo.—Oviedo Runtu es el que les ha dado orden de custodiar la casa y el que se ha llevado allá algunos soldados para que los ayuden en caso de necesidad. Por lo demás, los “ponchos rojos” saldrán de Arequipa para Cuzco mañana por la noche.

—¿Y qué?—interrogó García retorciéndose nerviosamente su enorme bigote...

—¡Pues que no saben una palabra del rapto de la joven y del niño!

—Excelencia, es preciso registrar esa casa—ex-

(1) El presidente usurpador, Melgagero, hacía saltar de este modo a sus soldados por la ventana en la Paz, delante de los extranjeros, estupefactos y luego ordenaba a su ayudante que bailase a la voz de mando o hiciese el muerto, lo mismo que un perrito.

clamó el marqués que había perdido la sangre fría.

—Es preciso registrarla de arriba abajo; ¡los miserables tienen escondidos allí a mis hijos!... ¡no hay un instante que perder!... ¡No consentirá usted que esos fanáticos se lleven a mis hijos a Cuzco!... ¡Ya ve usted de lo que son capaces!... ¡Lo que se proponen es espantoso!... ¡Dentro de unos días terminarán la fiestas del “Interaymí” y el horrible sacrificio se habrá consumado!... ¡Es un padre, un amigo quien se lo suplica a usted!... ¡El general García no consentirá que empañe su gloria un crimen tan espantoso!... ¡Los nobles peruanos jamás le perdonarían el haberse convertido, aunque inconscientemente, en cómplice de semejante horror; jamás le perdonarían el no haber hecho, por lo menos, cuanto estuviese en su mano para impedirlo!... ¡En fin, excelencia, se trata de la vida o la muerte de mi hijo Cristóbal, el heredero de una familia ilustre que ha luchado siempre por la civilización al lado de la de usted!... ¡Y de mi hija, a quien usted amaba!...

Esta última consideración tal vez no hubiese hecho una impresión muy profunda en el ánimo del general que, como todos los grandes hombres, se jactaba de no mezclar los asuntos del corazón con los de la política, pero había sido precedida de una frase que le conmovió vivamente: ¡“el heredero de una familia ilustre que ha luchado siempre por la civilización “al lado de la de usted”! Estas palabras le hicieron olvidar todo lo demás. García se volvió bruscamente hacia su “ministro de la Guerra”.

—¡Pero algo habrás visto!... ¡Habrás entrado en esa casa!

—¡No; excelencia! ¡Imposible!... ¡Esa casa es "terreno vedado!" Los "ponchos rojos" y las "mamaconas" llevan consigo las "huellas sagradas" que han ido a buscar a Cajamarca y que llevan a Cuzco para celebrar la fiesta del "Interaymi"! ¡Si yo violase esa casa, todos nuestros soldados quichúas, advertidos por los que la custodian por orden de Oviedo Runtu se sublevarían!

—¡Dejadnos!—murmuró García poniendo a todos sus ministros a la puerta del cuarto (un fruncimiento de sus cejas bastó para hacerles desaparecer). Y se quedó solo con Natividad y el marqués que temblaba de ira, de dolor y de impotencia, y que no conseguía reprimir sus lágrimas ardientes.

—¡Marqués, si es cierto que sus hijos de usted están en manos de esos miserables, es una desgracia espantosa, porque no puedo hacer nada por usted!

El marqués recibió el golpe, y al pronto creyeron que se iba a desmayar. Se apoyó en la pared y sollozó.

—Escúcheme usted, García—articuló al fin.—Si ese crimen se consuma, yo le hago a usted responsable de él ante el mundo civilizado. La sangre derramada caerá sobre su cabeza. ¡El Perú no se lo perdonará nunca!

Luego cayó de rodillas y sollozó:

—¡Devuélvame usted mis hijos!

García se precipitó hacia él y le levantó entre sus

fuertes brazos como hubiese podido levantar a un niño. Pero el marqués se había rehecho ya, se escurrió de entre sus manos como una anguila, se afirmó sobre sus piernecillas y le gritó:

—¡Déjame!... ¡déjame!... no eres más que un general de asesinos...

García palideció. Natividad, aterrado, creyó que iba a devorar al marqués, porque se oyó el castañeteo de las mandíbulas. Cristóbal no teniendo más que añadir a semejante injuria, se dirigió a la puerta, esperando por lo demás, que el otro le hiriese, le asesinase por la espalda. De repente, el acento ceceoso y dulce del dictador le sorprendió y le hizo detenerse.

—No se vaya usted aún, marqués, no puedo hacer nada por usted, pero puedo darle un buen consejo.

Cristóbal se volvió; el general le hacía seña con la mano de que se sentara. Pero el marqués esperaba. Había perdido ya un tiempo precioso con aquel hombre.

—¡Hable usted—dijo—el tiempo pasa!

—¿Tiene usted dinero?—preguntó bruscamente García.

—¿Dinero? ¿para qué?... para...

Iba a decir "para pagarle a usted"... pero no terminó su frase al advertir una mirada suplicante de Natividad que le hacía señas para calmarle, por detrás del dictador. Este notó que alguien estaba representando una pantomima a su espalda y se volvió; vió a Natividad, le cogió de un brazo y le obligó a salir sin más explicaciones. Una vez cerra-